



Lo mejor de 2004

- **El libro del año:** Roberto Bolaño, *2666* (el acontecimiento narrativo más importante de las letras iberoamericanas de los últimos años: una novela compleja, torrencial, prodigiosa, que marca el inicio de la nueva literatura continental);
- **Novela:** Juan Villoro, *El Testigo* (retrato panorámico del México de hoy, esta obra se compromete con un dispositivo literario que se había perdido en nuestras letras: descifrar la erosión de un país a la luz de la intimidad de personajes memorables); Elmer Mendoza, *Efecto tequila* (el narrador sinaloense transita por ambientes y lugares de México, España, Brasil y Argentina debido a las exigencias de una historia que adquiere el rango de un sueño errátil, cercano a una experiencia hiperrealista); Horacio Castellanos Moya, *Insensatez* (a tiro por viaje, en cada novela que publica, el autor logra adentrarse con mayor exactitud y profundidad en el relato de la violencia de las sociedades latinoamericanas. Un maestro de la tensión narrativa); José Agustín, *Vida con mi viuda* (ficción al ciento por ciento, muestrario de las habilidades superiores del creador de *La tumba*, esta imaginativa novela captura de inmediato el interés del lector, que agradece el reencuentro de José Agustín con la novela);
- **Novela breve:** Héctor Manjarrez, *La maldita pintura* (vertiginosa y estremecedora, esta *nouvelle* hace agradecer las posibilidades infinitas que despierta en el lector una historia concisa, bien tramada, valerosa ante su tema y con un dominio pleno del estilo);
- **Primera novela:** Fabrizio Mejía Madrid, *Hombre al agua* (registro irónico de una generación posterior a las grandes gestas políticas de sus padres —la gente del 68—, cuyo desvalimiento aparente implica una postura lúcida frente a los propios límites); Heriberto Yépez, *El matasellos* (cortocircuito en las convenciones novelísticas, sarcasmo de los clichés académicos, esta obra es producto de dos líneas entrelazadas, la del ensayista y la del narrador. Juego experimental de amplia valía); Julian Herbert, *Un mundo infiel* (la noche de un personaje que se entrega al azar, al furor del abismo en una cantina que se abre como un pasaje directo a las estancias violentas del norte del País y sus fronteras. Épica abyecta de tráfugas y marginales); Gerardo Kleinburg, *No honrarás a tu padre* (el tema de la búsqueda del padre y el redescubrimiento de la judeidad llevaron al autor a una obra extrema que lo desafiaba y, al tiempo, lo conduciría a una orfala íntima y literaria de la que sale adelante);
- **Testimonio:** Isabel Vericat, *Ciudad Juárez: de este lado del puente* (la obra reúne, entre otros textos, una serie de testimonios de familias con víctimas de femicidio en la frontera norte, además de diversas fotografías en un territorio próximo a la justificación de la barbarie); José Manuel Valenzuela, *Paso del Nortec* (un libro que une la belleza gráfica, la perspectiva crítica y el logro visual en torno de la música tecno del colectivo Nortec y el ambiente bicultural de Tijuana); María Luisa Puga, *Diario del dolor* (el diagnóstico tardío de una enfermedad, la escritura cotidiana que sirve para exorcizar el dolor físico y psicológico de la vivencia, consuman esta obra impar en la literatura mexicana);
- **Ensayo:** Luis Alberto Ayala Blanco, *El silencio de los dioses* (defensa del pensamiento mítico, este ensayo es un llamado a reencontrar la sabiduría que emana de lo primigenio, tan negado por el racionalismo o el empirismo contemporáneo. Un auténtico hito en la cultura mexicana); Néstor García Canclini, *Diferentes, desiguales y desconectados* (una crítica a fondo de conceptos como "cultura", un cuestionamiento notable a las limitaciones de la academia ante los aspectos anómalos de América Latina y su encrucijada entre lo global y lo local); Rogelio Villarreal, *El dilema de Bukowski* (artículos y ensayos que se proponen y consiguen desarmar los valores y prestigios más preciados de la cultura y el arte contemporáneos. Este libro sintetiza un punto de vista radical, punzante y lúdico);
- **Crítica de arte:** Carlos Fuentes, *Viendo visiones* (antología ensayística que sabe traducir la contemplación perspicaz de una obra de arte, así como trazar vinculaciones con la vida de los artistas que se analizan en sus páginas. Un festejo en prosa);
- **Biografía:** Christopher Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando* (trabajo monumental sobre el fraile nómada, a su vez panorama de América de cara a la Europa del Siglo de las Luces, el volumen permite al autor una trama prolija de referencias bibliográficas e históricas);
- **Poesía:** Carmen Bouillosa, *Salto de mantarraya (y otros dos)*, (hay en este libro un vaivén intenso: la cercanía con la ruptura amorosa y la búsqueda imposible del equilibrio posterior al desgarramiento. Lance de transfiguraciones íntimas y sus cicatrices poéticas); José Luis Rivas, *Un navío de amor* (bajo la figura de Helena, el poeta veracruzano acude a la naturaleza tropical y la sensualidad del paisaje para expresar su admiración y nostalgia alternas del cuerpo femenino y sus virtudes fugitivas); Jorge Esquinca, *Región. 1982/2002* (reunión de poemas al paso de dos décadas de oficio, con esta obra se puede observar en forma idónea a un escritor comprometido con la pasión de nombrar lo inabrazable y de hallar el revés de las apariencias);
- **Cine:** Jorge Ayala Blanco, *La grandeza del cine mexicano* (alegato contra la dimensión titánica que se le ha dado al cine mexicano, a la vez que reconocimiento de sus productos superiores, hay allí una cartografía que asombra leer a la luz de su crítico más tenaz); Rafael Aviña, *Una mirada insólita* (relectura de la historia del cine mexicano, mediante una agrupación temática que revaloriza géneros menospreciados como las películas de horror y fantasía. La postura del espectador atento en estado puro);
- **El peor libro del año:** Xavier Velasco, *Materialismo histórico*.

Sergio González Rodríguez

# caAngel



REFORMA • Domingo 2 de enero de 2005

NÚMERO 555

La escritura como cura

María Luisa Puga (1944-2004) encontró en el acto de narrar la forma de sobrevivir la enfermedad y, a la manera de *Scherzada*, o como decía Blanchot, nunca morir  
Por Sandra Lorenzano Pág. 3

**especial**  
Esta semana, el wallpaper de Frank Zappa  
reforma.com/elangel



La escritora estadounidense fallecida el martes pasado se adentra en la trama de *Verano en Baden-Baden*, del ruso Leonid Tsipkin, una recreación de los últimos años de vida del autor de *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov*, Fiodor Dostoievski. Este texto, traducido al español por Aurelio Major, es parte del prólogo al libro que próximamente lanzará en España la editorial Seix Barral.

## Amar a Dostoievski

POR SUSAN SONTAG

*Verano en Baden-Baden* no es, como la excepcional *El maestro de Petersburgo* de J.M. Coetzee, una fantasía sobre Dostoievski. Tampoco es una docu novela, aunque era una cuestión de honor para Tsipkin que todo aquello de carácter fáctico en *Verano en Baden-Baden* fuera veraz respecto de la historia y las circunstancias de las vidas reales evocadas. Tsipkin acaso haya imaginado que si alguna vez la obra se publicaba como libro debería de incluir algunas fotografías que había hecho, anticipándose así al efecto característico de la obra de W.G. Sebald, que al sembrar sus libros de fotografías infunde de enigma y patetismo la más llana idea de verosimilitud.

¿Qué clase de libro es *Verano en Baden-Baden*? Desde el comienzo propone una narración doble. Es invierno, a fines de diciembre, sin fecha precisa; una suerte de "ahora". El narrador se encuentra en un tren que se dirige a Leningrado (el año y postrero San Petersburgo). Y media abril de 1867. Los Dostoievski, Fiódor ("Fedia") y su joven mujer, Ana Grigorievna, han partido de San Petersburgo y están de camino a Dresde. La historia de los viajes de los Dostoievski —pues se encontrarán casi siempre en el extranjero en la novela de Tsipkin y no sólo en Baden-Baden— ha sido investigada con esmero. Los pasajes en los que el narrador —Tsipkin— describe sus propios quehaceres son del todo auto-

biográficos. Puesto que la imaginación y los hechos se pueden contrastar con facilidad, nos inclinamos a sacar de ello lecciones de género, y segregamos los relatos inventados (la narrativa) de las narraciones de la vida real (la crónica y la autobiografía). Es una convención: la nuestra. En la literatura japonesa, la llamada "novela del yo" (*shishosetsu*), la narración sobre todo autobiográfica pero que encierra episodios inventados es una forma dominante de la novela. En *Verano en Baden-Baden* se evocan, describen y recrean diversos mundos "reales" en un torrente alucinador de asociaciones. La originalidad de la novela de Tsipkin reside en el modo en que se mueve, de la narración autobiográfica del innominado narrador, embarcado en su viaje a través del yermo paisaje soviético, a la vida de los errantes Dostoievski. En la ruina cultural del presente, trasciende el pretérito febril. Tsipkin está viajando al interior del alma y el cuerpo de Fedia y Ana mientras viaja a Leningrado. Hay prodigiosas y extraordinarias acciones de empatía. Tsipkin se quedará en Leningrado unos días: es una peregrinación dostoievskiana (desde luego no la primera), solitaria (como de costumbre sin duda), que terminará con una visita a la casa donde murió el escritor. Los Dostoievski acaban de comenzar sus viajes en la inopia; permanecerán en Europa cuatro años. (Merece la pena recordar que al autor de *Verano en*

*Baden-Baden* nunca se le permitió salir de la Unión Soviética.) Dresde, Baden-Baden, Basilea, Francfort, París; su sino es la agitación constante por las confusiones y humillaciones de una constreñida miseria financiera mientras tienen que vérselas con un coro de forasteros altivos (porteros, mozos, administradores, camareros, tenderos, prestamistas, *crupieres*) y por las rachas del capricho y todo tipo de emociones volátiles. La fiebre del juego. Las fiebres morales. La fiebre de la enfermedad. Las fiebres sensuales. La fiebre de los celos. Las fiebres penitenciales. El miedo...

La intensidad principal retratada en la recreación narrativa de la vida de Dostoievski no es el juego, ni la escritura, ni cristo. Es la generosa y abrasadora totalidad (que no expresa el grado de satisfacción) del amor conyugal. ¿Quién olvidará la imagen de la unión de la pareja mientras está nadando? El amor misericordioso pero siempre digno de Ana por Fedia armoniza con el amor del discípulo de la literatura, Tsipkin, por Dostoievski.

Nada está inventado. Todo está inventado. La acción que la encuadra es el viaje que el narrador está efectuando a los lugares de la vida y las novelas de Dostoievski, como parte de los preparativos (como advertimos a la postre) del libro que tenemos en las manos. *Verano en Baden-Baden* pertenece a ese subgénero infrecuente y exquisitamente ambicioso de la

novela: la relación de la vida real de una persona de mérito de otra época; tejida esta historia con la del presente, el novelista medita, intenta penetrar con mayor profundidad en la vida interior de alguien cuyo destino no sólo fue histórico sino monumental. (Otro ejemplo, y otra de las glorias de la literatura italiana del siglo XX, es *Artemisia* de Anna Banti.)

Tsipkin parte de Moscú en la primera página y pasados dos tercios del libro llega a la estación Moskovski de Leningrado. Aunque sabe que en algún lugar cerca de la estación está "aquella casa vulgar de color gris de Petersburgo" donde Dostoievski pasó los últimos años de su vida, sigue andando con su maleta en la helada penumbra nocturna, cruzando la Perspectiva Nevski para pasar por otros lugares relativos a los últimos años de Dostoievski; después tropieza con el lugar donde siempre se hospeda en Leningrado, la parte de un dilapidado apartamento comunitario habitado por una amiga de su madre, descrita con afecto, que lo convida, alimenta, le dispone un sofá viejo y roto para que allí duerma, y le pregunta, como siempre, "¿Sigues entusiasmado por Dostoievski?". Cuando se va a dormir Tsipkin se hunde en un volumen arrancado al azar de la edición prerrevolucionaria de las obras completas de Dostoievski de la librería, el *Diario de un escritor*, y se queda dormido reflexionando en el misterio de su antisemitismo. >3

En recuerdo de una heroína intelectual, POR CHRISTOPHER HITCHENS > pág. 3